—Lo que hiciste. Y añadió: ¿En qué hora desgraciada consentí en venir a este maldito paseo?

—Mamá, te has echado a morir, y yo, de verte, agonizo. ¿Qué te han contado? Te juro que no he hecho nada. Lo juro por todos los santos del Cielo. El no hizo más que besarme una mano...

—¿Quieres ocultar...? La interrumpió la señora con acento enérgico. ¡Besarte! ¿Y te parece poco...?

—No oculto nada. Digo la verdad, la pura, la purísima verdad.

—¿Y el abrazo?

—No es cierto, no me ha abrazado nadie. Que me lo digan en mi cara. Sólo me ayudó a levantarme.

—No vengas con subterfugios...

—¿Habría yo de negarte nada, cuando te quiero tanto, mamá?

—Pero ¿qué hacían ustedes solos en el bosque...?

—Tienes razón; hicimos mal en ir... Ofrezco que nunca volverás a tener un disgusto por mi conducta.

—¿Y las lenguas de la gente?... ¡Qué horrible es todo esto!... Felicia, no eres buena. ¿Qué confianza puedo tener ahora? Estaré siempre por ti con el alma en un hilo... En fin, vamos, allá en casa arreglaremos esto con tu papá.

—¡Dios mío, mamá, hincada de rodillas te pido que no le digas nada! Haré cuanto me mandes, te lo prometo. ¿No te duele ver mis lágrimas? Las

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

tuyas, mamá, me queman el alma. Mírame a tus pies. Perdóname.

—Nada habría sucedido si hubieras seguido mis consejos. ¡Tanto que te he advertido...! Vamos, estarán echándonos de menos abajo, y no quiero despertar la curiosidad. Te vienes conmigo y no vuelves a salir de casa. No más visitas, ni ventanas, ni amigos, ni amigas...

—Sí, mamá, castígame; pero no creas nada malo de mí. Para mortificarnos te han exagerado. Luis ha sido siempre muy respetuoso...

—No me mientes a ese hombre, no quiero oir hablar de él, ni quiero volverlo a ver, ya lo sabes.

Y las dos, lacias de padecer en un rato como un siglo, arreglaron sus trajes, compusieron el rostro y salieron del escondite a buscar abrigos y pañolones porque se iban ya, aunque fuera solas, decía la madre. No obstante, comedidas y disimuladoras aguardaron a que partiera el primer coche para alojarse en él con personas de su agrado. En el trayecto, que con razón se les hizo interminable, y mientras los compañeros hablaban como descosidos, ellas apenas despegaron los labios, y sólo para contestar cortésmente cuando les dirigían la palabra; iban temerosas y deprimidas, sin animación, ni menos gozar de la claridad melancólica que la luna, surgiendo, despedía en el firmamento.

Al fin paró el coche frente a su ansiado hogar.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Madre e hija saltaron a la acera, despidiéronse de los que en el vehículo quedaban, y arrumbaron directamente a sus lechos: la señora, esperanzada de que las cosas no pasasen a más; Felicia, temblorosa, enferma y mansa como una corderilla.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

MUDANZAS

I

La naturaleza de las madres como mujeres, y la educación que recibieron forman el criterio que las guía para encaminar por el mundo a sus hijos. La de Felicia estimaba en mucho la pureza de alma y cuerpo de la mujer; quería a su hija hacendosa y gentil, aunque no poseyera mayor instrucción; queríala guardadora fiel del sagrado fuego del hogar; altiva y desdeñosa con los hombres sin pudor ni porvenir; y como jamás la fascinó el oro, y sí estimó las prendas morales, no le infundió menosprecio al pobre virtuoso y pulcro. Usó la suavidad y persuasión como medio educativo, y de esta guisa, lentamente le ganó el corazón

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

al punto de creer, que cuando la doncella despertara a las dulces embriagueces del amor, tendría campo para sembrarle de rosas la senda, y cintas para manejarla sin violentar sus gustos e inclinaciones naturales. Una joven educada con atildadura, oyendo saludables consejos, nunca recoleta, que pudiese dar vuelo en el recogimiento a imaginaciones; y que, si se le concedió cierta libertad, fué por creerla bien abroquelada contra los desmanes del traidor diosecillo alado, no le pasó por las mientes a la señora, que pudiera ser vencida del amor loco de la juventud ardiente y crédula. Por eso la apesadumbró más la contrariedad, para otros tal vez nimia, que había experimentado. Empero ¿quién creó privilegios contra el chiquitín audaz, que tuvo el más grande, ser travieso acariciado y consentido en la propia mesa de los dioses del Olimpo?

Doblemente herida: en su vanidad de educadora y buena madre, y en su orgullo sano de familia distinguida en su porte y recato, no volvió a decir palabra del incidente de la jira; pero miraba a veces con mirada escrutadora, de desengaño y tristeza, a Felicia, pensando que eran muy ciertas las palabras de Kempis, su lectura edificante: «El fuego prueba al hierro, y la tentación al justo. Muchas veces no sabemos lo que podemos; mas la tentación descubre lo que somos. Debemos, pues, velar principalmente al principio...» Observaba a Felicia discerniendo la

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

conducta que con ella debía adoptar:—¿Desvío? Jamás: ni si hubiera cometido irreparable desliz; es hija de mi alma. ¿Castigarla corporalmente? ¿Decírselo a su padre? Lo primero, a su edad, es cruel e indigno; lo segundo, debiera; mas me dirá él: y tú ¿qué haces, que hacías? Si no velas por Felicia ¿cuáles son tus deberes más imperiosos? Volveríase un energúmeno contra Luis, y podría, además, ser duro con ella y exasperarla, matándole la sumisión cariñosa y la franqueza. El sabrá todo más adelante. Lo que conviene respecto de Felicia, es: aconsejarla y no perderla de vista, tocarle el corazón, vigilarla mucho y que ella lo note: quitarle mañosamente amistades dañinas, ya que he aprendido que la muchacha es fogosa y apasionada. Proceder de otro modo sería precipitarla en un callejón resbaloso, que va derecho al escándalo, inútil y perjudicial para todos. Por lo pronto ella cumple mis órdenes, no se asoma ni a la ventana; humilde y afectuosa procura atraerme sin engaños y lavar la ofensa; se ve bien que la severidad de mi rostro le atenacea el alma. Se habrá dicho: la dulzura templará el enojo. ¡Pobrecita! Con las personas de suyo suaves pueden más, para apartarlas del error, el afecto y la convicción que la aspereza y acrimonia.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

II

Pasó un día, y Felicia vió a su padre amoroso y tierno como de costumbre. Sólo el mutismo en que se encastillaba su mamá, le infundía desasosiego, como si en las tinieblas urdiesen trama misteriosa para reprimirla.

Al cabo decidió devolver a Luis la novela que le había prestado, no sirviera de pretexto para nuevas admoniciones. Atrancóse en su cuarto y escribió con lápiz un papelito que decía:

Todo lo supieron. Estoy castigada. Aquí muy disgustados con nosotros, y tienen razón. Por ahora le ruego no asomarse ni a la esquina, porque si lo ven, más durará mi encierro. Rompa este papel en cuanto lo lea.—F.

Pero a tal redacción no llegó antes de haber desechado varias. Todavía ésta la releyó con intenciones de cambiar algo; pero untóle goma arábiga al papel en una de las puntas, y lo pegó al fin del libro; así no se caería quizá donde menos conviniese; aunque en verdad la leyenda no era muy comprometedora. Ahora surgía lo difícil: ¿con quién mandar el libro? Su mamá tras ella constantemente ¿le quitaría la oportunidad? Imposible, porque más poderosos eran el deseo de que su novio supiera de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ella y la prisa por demostrarle que no lo olvidaba. Y efectivamente, lo consultó con la almohada, y cuando amaneció tenía ya su plan concebido.

Muy a menudo metíanse en la casa de Felicia, sin llamar a la puerta, por derecho ganado con la asiduidad, dos viejas enfermizas, con tacos de algodón sucio en los oídos, amojamadas, asquerosas, portando tras el pabellón de la oreja alguna colilla de cigarro. Solían mendigar, y deslizábanse livianas y llanamente desde la calle hasta la cocina. Si encontraban al paso a la señora o a la señorita, saludaban melosas, y a renglón seguido quejábanse de sus males. La cocinera, parlanchina, y manilarga con lo ajeno, dábales en abundancia de las sobras de la mesa; comían con deleite, y guardaban buena porción, envuelta en papeles y trapos, dentro de un canastillo de bejucos. Conversaban como cotorras con la cocinera; pedían luégo a la patrona o a la niña, ropa vieja, que de haberla nunca se les negaba, y bendiciendo a la familia, largábanse del modo que entraron, para ir quizás a repetir la escena en la vecindad. Creían tener deberes para con sus protectoras, y prestábanles uno que otro pequeño servicio: conseguirles sirvientas, llevar o traer recados rara vez y de poca importancia.

Una, zalamera con Felicia, que al nombre de Filomena respondía, fue la que escogió para llevar el libro. Y aquella misma mañana, en cuanto la

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

vió, so color de buscarle ropa vieja se llevó la mujer al interior de la casa, sin suscitar la más leve sospecha, diciéndole:

—Filomena: el lunes, al dar la ropa a la lavandera, aparté una pieza. Vamos adentro a ver si la hallo, para regalársela.

—¡Ah, mi hijita, siempre tan buena! Por algo la preferencia que le tengo.

—Ud. me ayudará a buscarla.

—Con muchísimo gusto.

Y una vez solas, Felicia, aparentando indiferencia, y mientras buscaba, o hacía que buscaba, continuó:

—Filomena, hágame un servicio.

—¿Cuál será?

—¿Recuerda en dónde vive mi amiga Marta? Porque Ud. fué una vez a preguntar por un enfermo a la casa.

—Sí, señorita, sí recuerdo: y bien que la conozco.

—Es para que me haga el favor de llevarle este paquetito. Vea, aquí dentro del canasto se lo pongo. Si va en seguida le tendrá cuenta...

—¡Oh, niña Felicia! ¿Para qué dice eso? ¿Cómo no he de complacerla? Y aunque no me diera nada.

—Mientras Ud. va y vuelve, yo le busco además una camisa, que le gustará.

—Bueno.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¡Ah! Si Marta le dice algo o le da una cartita, no lo diga, ni la enseñe a nadie, viene sola a *donde* mí. Ya lo sabe.

—Pierda Ud. cuidado, niña Felicia, así lo haré.

Ña Filomena cumplió fielmente, con presteza, su cometido, logrando agradar a la enamorada, que ardía en deseos de comunicar a su novio su situación, más que por evitarse desazones en su casa, porque supiese él que si ella no se le había dado a ver no era por voluntad propia, con lo cual aplacaría el enojo de Luis si estaba enojado.

III

En un café de la ciudad, Luis sostenía conversación con dos camaradas. Cada cual tenía su novia y alguno proyectaba desposarse. Se hacían mutuas confidencias con desparpajo y se tomaban parecer. Uno de los muchachos hacía gala de despreciar el matrimonio, suponiendo que el amor se obtiene con dinero y que no es preciso cargarse de obligaciones ni crearse cadenas.

El otro, calladón, con un fondo moral mejor, precisamente el que, comprometido con una joven acaudalada de la sociedad había concertado próxima

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

boda, escuchaba con interés y discutía en su fuero interno las opiniones.

Sentados al rededor de una mesita de mármol, bebían té y fumaban.

Luis, al oir a su compañero hablar de cadenas, arrojó a lo alto el humo del cigarro, y dijo:

—No obstante, en el paseo el otro día, y esta tarde en el parquecillo de Morazán te vi muy arrimado a tu pretendida y satisfecho con ella. ¿Quién va a pensar entonces que positivamente crees tales cosas?

—¡Bah! Eso no significa nada. Sabes cuánto me gustan las mujeres; si me aceptan no desperdicio el rato, son mi gran placer. Las miro y aprecio igual; y si, según la clase, hago distingos, es sólo en fórmulas y cortejos. Me parece que en la juventud es cuando más se goza, y no sería tan bobo para envejecer perdiendo por convencionalismos hipócritas los lances mejores. Pesco en todas partes. Tú sabes bien que no creo en las mujeres solteras ni casadas.

—¿Qué es lo que no crees?

—En esos devaneos de estudiantes y de tipos criados a la pretina de la madre. No acaricio más ilusión que la del amor sensual. Y para mí tengo que toda mujer no es sino una hembra, y no quiero exponerme... Porque no te figures que sólo me asusta la idea de que, casado, todo el mundo menos yo, sepa que soy una pobre víctima de la traición;

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

también me enfurecería la idea de que hubiese un sólo hombre, uno tan sólo, que, por igual causa, pudiera mofarse de mí. Por eso no hago el papel de tonto sino de aprovechado.

—Pero englobas a las mujeres en tu afirmación, sin exceptuar...

—Sí, es cierto, bien lo he pensado. Estoy convencido de que por rarísima casualidad se podrá dar con una inocente y fiel; y de que no seré yo el afortunado, jamás.

—Hombre, en nuestra sociedad conozco hogares honrados, y niñas candorosas...

—Que de puro sencillas e ignorantes, se dejan besar en la boca a la menor insinuación de su novio. Si fuese fácil comprobarlo te retaría a que me desmintieras. Tú me pareces timorato; pues bien, registra tu memoria, y me darás seguramente la razón.

Luis y su compañero, el silencioso, se estremecieron imperceptiblemente, sufriendo de verdad. Y el calladón dijo:

—Puede ser, la audacia y el ardor de los muchachos los impulsa a ello, pero no creo que muchas señoritas se dejen besar en la boca; es posible que en la mano, en un brazo... Conozco más de cuatro que parecen cerriles o gatitas bravas cuando los tenorios perfumados o los hombres que sólo aprovechan, según tu expresión, intentan abusar...

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¡Más de cuatro! Afuera esos nombres, que te deben retozar en la punta de la lengua. ¡Gatitas bravas! Sí, cuando les repugna el que se les acerca; pero que les llame la atención, que les toque un poquito el amor, y ya están echadas y roncando de gusto.

Luis, mortificado con la discusión de los besos, que tan de cerca le daba, añadió a la tesis de su aliado:

—No lo creo. Conozco algunas enamoradas que no se dejan tocar la punta del zapato, ni las yemas de los dedos.

—¡Hombre, qué niño eres! Eso es táctica. Si se les arrima un hombre celoso, que hace alarde de amar la pureza, y lo quieren cautivar, se fingen gatitas que arañan. Pero ya vengan a un baile, o a un paseo, y me dirás si no hay apretones deliciosos, y flojedad de miembros, y cabezas que se recuestan dulcemente en tu hombro. ¡Vaya, vaya, qué inocentes se fingen ustedes...! Aquí hay una muchacha que ustedes conocen, Wendolin. Ya ven que es bonita realmente, de buena familia y bien criada. ¿Convienen en eso? Pues oigan lo que me pasó, y juzguen: yo la cortejaba empeñosamente, y me correspondía. Tras ella me iba en la calle, seguíala con ansiedad, estaba de plantón en la esquina y hablábale a menudo en la ventana; ella siempre muy discreta. Una noche dieron un baile en su

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

casa, al que fuí invitado. Un baile magnífico, de etiqueta. Como ustedes se lo figurarán yo traté de bailar muchas piezas con ella, y el asunto caminaba bien. En lo mejor del baile cometí la torpeza de pedirle un beso, pues les aseguro que me tenía fuera de mí. Se negó semi-ofendida; le dije que se lo daría; me contestó que no bailaba más conmigo y que inmediatamente la sentase; insistió, y contra mi gusto cedí a la insistencia. No bailé con otra; ella sí acompañó a otros y se puso a coquetear con su pareja, por lo cual me di a todos los diablos. Cuando salió a bailar por segunda vez con un jovencito, le rogué humildemente me cediese la pieza que seguía, que bailáramos de nuevo, y tanto le rogué, que satisfizo mi ansiedad, pero advirtiéndome tuviera cuidado con la amenaza, porque me costaría caro el robo. Crean ustedes que eso me alentó. Noté que ella bailaba con más entusiasmo conmigo, y en una de las vueltas de un vals a dos tiempos, al pasar cerca de la puerta de un corredor semi-oscuro, fascinado, enloquecido, estreché con ardor su cintura, y recatándome de la gente le planté un beso en los labios húmedos y rojos, que perfumaban a gloria. Yo que lo hago, y ella, que debió estar prevenida, como un rayo me pegó el abanico en los míos, con tal fuerza, que me hizo ver chispas y me rompió. Por supuesto, soltó mi brazo y no sé por dónde huyó del salón.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Rápidamente me llevé el pañuelo a los labios y escapé de prisa por la puerta del corredor, a buscar agua.

—Ya lo ves, ya lo ves, repitieron casi a un tiempo Luis y el amigo aliado.

—¡Qué, qué! Esperen ustedes. Dije que había cometido la torpeza de pedirle permiso para besarla; pero califiqué de tontería mi solicitud porque debí besarla sin permiso. Y fué error mío, pues era ella, probablemente, de las cuatro gatitas que ustedes proclaman. Bien, acabo mi cuento: el dolor me en colerizó, mas no proferí ninguna interjección ni hice nada inconveniente. Me dirigí al jardín en cuyo centro el surtidor abierto mantenía llena la taza en que nadaban pececitos rojos. Una bombilla eléctrica no había en él ni hacía falta: una luna espléndida se encargaba de alumbrarlo. Puesto un pie sobre el borde de la pila estaba limpiándome con el pañuelo la sangre que fluía de la herida, y triste e indignado pensaba en el lance esperando las complicaciones, cuando de pronto me hablan muy dulcemente a la espalda. Vuelvo la cara, y la veo sola, y solos estábamos en el jardín. Me mira consternada y me dice con el mismo acento: «Pobre, ¿le duele mucho? ¡Qué barbaridad! No quise hacerle tanto daño. Perdóneme. Aquí traigo este paño para que se enjugue, y este pañuelo para reponer el suyo, manchado, que guardaré». Quedéme en muda contemplación, admirándola, porque es-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

taba bellísima. Mi malestar desapareció como por ensalmo; de una pesadilla pasé a un sueño. La claridad de las estrellas, la luz pálida de la luna, las plantas crecidas balanceándose con la brisa casi al compás de la música que hasta nosotros llegaba como una serenata; las flores, los aromas; ella iluminada misteriosamente, vaporosa como un hada, me hicieron recordar los voluptuosos palacios de los árabes y sus aventuras amorosas; y por contraste singular, estos versos de Shakespeare:

«Pródiga es la cautelosa virgen
Que aun a la luna su beldad descubre».

La ternura de ella y mi pasión se confundieron; y en la umbría, tras unas palmeras reales, mientras el viento salmodiaba al Cielo, no uno sino muchos besos le di en la boca, en la nuca y en la cabeza. Luégo nos alejamos con lentitud y naturalidad de nuestro palacio encantado en donde en un ratito habíamos vivido un siglo de dicha.

Los interlocutores se quedaron silenciosos admirando la fantasía oriental de su camarada, que siguió:—¿Con que ya están ustedes convencidos? No hay aquí una mujer que no la hayan besado, y sabe Dios cuánto más. El que desee recoger las heces, que se...

—¡Hombre, no parece que tuvieras, como tienes, hermanas y madre! ¡Sueltas la lengua de un

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

modo!... No seas desbocado; le reprochó Luis con seriedad. Pero el de la historia exclamó:

—¡Y así voy a pensar en el matrimonio! Cuántas parejas de casados veo pasar, y me digo: tan orondo ése, y la que lleva del brazo fué mi novia, o fulano se entretuvo con ella tanto tiempo. Y me penetra la sospecha de que lo sucedido podría repetirse si las circunstancias son favorables... No, no, prefiero gozar del amor sin exigir más, y sin que nadie me exija... Y no hablemos de mujeres casadas.

—Sí, es mejor que no hables tú, dijo Luis. Su aliado, cado vez más cabizbajo, no descosió los labios.

—No hablaré para no escandalizarte.

—Ese modo de pensar, continuó Luis, que no es más que una opinión, en vez de hacerte dichoso, te hará desgraciado. Las mujeres te estragarán, y cuando pienses en el hogar, será tarde; y si lo formas llegarás a él inválido y sin una ilusión.

—¡Ilusiones! ¡En este orden de cosas ilusiones!... Estás oyendo que no me forjo ninguna. Siempre he estado convencido de la verdad de mis aseveraciones, y no vacilo en mi conducta.

—Tantos prejuicios de hombre de poca elevación; tantos escrúpulos por beso de más o de menos; y el amor que gozas, con excepciones... Las mujeres que hacen tu felicidad corrientemente no las

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

discuto por los besos que hayan dado, sino por el asco que producen. Además, corres un peligro, entre otros no menos dignos de consideración, del que ninguno está salvo: de enamorarte cuando menos lo piensas. ¿Y de quién? No lo sabemos. O de mujer que por tus procederes te rechazará, o tal vez de aquella sobre cuya vida pasada no te queda otro recurso que poner una losa de tal peso que nunca puedas levantarla. ¡Cosa bien difícil por cierto!... ¡Cuántos disgustos por sospechas éstas sí fundadas, que te maltratarán! Ahora, debo advertirte que has hablado del matrimonio como un macho, esto es, pensando sólo en la carne, y olvidas completamente lo que es hogar, hijos, ternuras del alma, cumplir hermosos deberes que satisfacen el corazón, mejoran al hombre y crean por su sola virtud la verdadera felicidad.

El joven enemigo del matrimonio, incrédulo o escéptico sonrió, e iba a replicar a Luis cuando comenzaron a cerrar las puertas del establecimiento, y los tres camaradas levantáronse para retirarse. Despidiéronse amistosamente, cada cual tomó por su lado, pero ninguno pensaba lo mismo que cuando entró al café.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

IV

Si no confirma la experiencia nuestras opiniones, y las fortifican nuestros andares, ciertos razonamientos presentados oportunamente hieren la imaginación de tal modo, que las conmueven; y si se es joven, y el que mina el criterio, hábil y sugestivo, las opiniones no resisten el bamboleo, desmorónanse y modifican la conducta.

A Luis no le hubieran hecho mella los argumentos de su camarada a no tener un indicio de las audaces y desnudas afirmaciones del licencioso, pues Luis pertenecía a un medio honesto y su educación lo alejaba de un sentir tan desvergonzado. Su conciencia modelada con cariño y constancia por su madre, inspirábale otras ideas, guías de su conducta. Luis no cambió su moral, claro que no; bien sabía que hay tantas calificaciones de la mujer como hombres las juzgan; pero sin poderlo evitar, porque su imaginación fué espoleada, y adolorido por las que le parecieron alusiones a su desdichado lance, se puso a analizar a Felicia. Experimentó celos del pasado: pensó en los primos, en los amigos, en los criados protervos de quienes pudo ser que ella recibiese alguna lección inmoral; un pasado corto, es verdad, mas hundido en el misterio; y

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

celos y temores por un futuro apenas esbozado en el horizonte de su vida. Quiso desechar tan necias y sutiles ideas, defendiendo ante sí mismo a Felicia:—¿Quién despertó esa niña al amor, no fuí yo? Lo he cultivado en su corazón; fuí el primero que bailó con ella en el Teatro Nacional; quien la invitó con insistencia a ir a la arboleda; y por último la besé sin pedirle permiso... Ella no protestó, y... ¡quién sabe si no nos sorprenden... tal vez como al otro, se me concede lo que otorgó la del abanico...! Me fué a buscar a casa cuando yo convalecía, me regaló flores... Baila conmigo, y es exacto cuanto de esto explicó... ¡Qué angustia! Me pone nervioso pensar en estas cosas. Pero si eso es el amor; si esa es la florescencia de la planta que sembré. Nunca tuvo otro novio, he sido el primero... ¡Qué injusticia! Lo que debía agradarme y enorgullecerme, lo que he creado, me aterroriza, lo considero indignidad y baldón del sexo femenino. Entonces ¿qué busco, qué pretendo, qué aguardo? Una joven a quien ningún hombre ha hablado, nacida y educada con esmero no da lugar a sospechas; son los hombres los que enturbian la limpidez del alma de la mujer, los que estimulan las inconveniencias y los deslices para gozar, y deprimen luégo a todo el sexo. Cumplido nuestro deseo se nos oprime el pecho porque ellas aplacan nuestra sed, porque ceden amorosas y tiernas a nuestras añagazas. Y si a mis caprichos

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

y desesperaciones Felicia no hubiera correspondido, consumiéndose de amor en silencio y mostrándose como una estatua de mármol ¿hubiera yo continuado cortejándola? ¿Cómo se nos prueba que se nos ama, cómo se nos manifiesta el amor? ¿No pedimos con insistencia y hasta con recriminaciones? Vive el amor de miradas lánguidas, de paliques insustanciales, de flores y perfumes, de apretones de manos, de cumplidos, dádivas y ternuras, de preferencias estudiadas, de secretos, de abrazos tras las puertas y en los rincones, de besos robados en la soledad, de suspiros y lágrimas, de cartas, pañuelos y rizos, de estremecimientos y palpitaciones del corazón, de temores, sobresaltos y esperanzas. Y cuando de ese paraíso se sale como salieron Eva y Adán del suyo por haber comido la fruta prohibida, aunque la luz, la música, el perfume y la alegría desaparezcan para dejar campo a las sombras, al dolor y a los trabajos, todavía el amor mantiene unidas las parejas, que sobrellevan sus desventuras, mirando renacer en sus hijos, la dicha perdida. La mujer célibe y como amante es una, distinta de la mujer madre y compañera amorosa.

Llegó a su casa tarde de la noche, y encontró sobre su escritorio la novela de Lamartine, «Graciela», como esperándolo. La hojeó, y en la última página en blanco encontró el papel de Felicia, que leyó con avidez. Quedóse mirándolo y pensó:—¡Po-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

bre niña, encerrada por voluntad de su madre, privada la mariposuela del placer de asomarse a la ventana y de recrear su corazón. La madre es inexorable. ¿No besaría ella también en sus mocedades? ¿No sentirá hoy vivir su alma como en un ámbiente luminoso, al recordar sus quereres? Se vive y se goza en el recuerdo de la dicha pasada; pero hay que tener recuerdos amables. He allí el hogar a que pertenece Felicia, hogar modelo, cohiben a la niña para salvar del incendio sus alitas blancas. Hogar modelo porque el amor fundió los corazones de sus padres... ¿Y de qué viviría ese amor?... De lo que viven todos los amores; y debió vivir mejor, porque entonces no había luz eléctrica, sino velas y petróleo, buenos alcahuetes en las salas y corredores. ¡Y son crueles con Felicia! Será que no les satisfago yo. Y quizá piensen bien, porque ellos son ricos y yo soy pobre. Más crueldad sería separar a Felicia de sus comodidades para ayuntarla conmigo a sufrir penurias. El siglo no se conforma con virtudes, ni con anhelos sublimes, el siglo pide dinero, y no lo tengo. Bien haya la disposición previsora de los papás de Felicia, porque así me olvidará. No contesto, pues, la misiva; guardaré el libro con tan precioso documento, y olvidaré también. Y lo guardó cuidadosamente con otros objetos de Felicia. Después se desnudó y tendióse en su cama, decidido a no volver a inducir a la inocencia por

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

caminos que a la postre arrojan del paraíso y obligan al ángel vengador a defender la puerta con una espada de fuego.

Y se durmió. La noche compasiva y dulce besa a los buenos sin rubor ni sobresalto; abrígalos con su chal lujoso de paz y olvido; y al otro día, al despertar, descansados, contentos y animosos se aprestan a la faena diurna; pero es tenebrosa, hosca y vengativa con los malos; vuélvese un vampiro y sobre ellos tiende su ala membranosa, gélida y armada de uñas, que sobrecoge, espanta y no da tregua al corazón; y al otro día, fatigados, lívidos y cobardes se entregan a sus remordimientos y reincidencias.

Luis había flaqueado y la noche lo castigó, no quiso cobijarlo con su chal de estrellas y lunas, le envió su deforme hija la pesadilla, para que lo adurmiese en sus brazos huesudos. Y llegó la pesadilla:

Luis estaba casado, no era rico, pero un pequeño comercio de ferretería le daba con qué subsistir sin estrecheces. Felicia bajo su techo le hacía completamente feliz. Intima él con un joven extranjero y lo lleva a comer a su casa. El extranjero se prenda de Felicia y continúa visitando la casa y haciendo el amor a la esposa de su amigo. Eso dura algún tiempo, y una mañana cuando Luis almorzaba, le dijo su mujer:—Tengo que comunicarte algo serio

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

así que concluyas de almorzar.—¿Qué será? Veamos.—Pues, si lo deseas, escucha: Te juré fidelidad ante el altar del Dios que adoro, y primero moriría que delinquir. Debo por eso confesarte que amo a dos hombres: primero que a nadie te amé; pero hoy amo mucho más que a tí, que has dudado de tu mujer injustamente, al joven extranjero que me trajiste. Luis, presa de un temblor nervioso, y como si tuviera una plancha de plomo en el pecho, quiso replicar, gritar, moverse, pero no pudo. Ella siguió impávida: – No podría continuar a tu lado fiel y pura porque la tentación es terrible, aunque jamás seré pérfida. Acepta, pues, la separación de cuerpos por mutuo consentimiento, y el divorcio dentro de dos años. Me iré en seguida con el joven extranjero para Nueva York, y si me llega la desgracia de perder por cualquier causa al que será mi nuevo marido, y tú guardas aún amor por mí, como después de él sólo a tí te amo, convengo en volver a tu lado y ser sólo tuya. Esta solución, si la aceptas, no te manchará ni a mí. Tendré un motivo más de gratitud para ti, y una prueba de tu nobleza, que mientras viva recordaré; habrás contribuído a defender la sinceridad y el honor de una dama, y te demostrará que la mujer no es pérfida como la ola.

Luis produjo un sonido gutural horrible, hizo un supremo esfuerzo, dió un salto, cayó de la cama,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

y despertó llenos los ojos de lágrimas. En ese momento, el corneta del cuartel saludaba la aurora con notas metálicas de su clarín potente.

V

La huella del sueño, de aquella visión clara y penosa, fué honda: días depués le duraba. Él no era supersticioso, pero la pesadilla, aquella composición ordenada de lo que conversó con sus amigos y de historias que conocía, parecióle triste vaticinio. Contó a su madre cuanto le había sucedido la noche maldita, y la excelente señora vertió el óleo sagrado del consuelo en el alma atribulada de su hijo. Pero éste en vez de volver sobre sus pasos, en lugar de proseguir el noviazgo con tan buen viento iniciado, resolvió matarlo por consunción, y el momento era propicio.

De antemano convenidos, Felicia y Luis encontráronse sigilosamente una noche en casa de unas señoritas relacionadas con ambos, y en donde solían verse. En esa ocasión a él le pareció ridículo el traje que vestía su novia; una expresión inocente, hallóla vulgar y deslucida; y cuando se despidió, no la fué a dejar a la casa porque no había vuelto aún, allá, después del paseo; y salió gustoso, como si hubiera

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

aligerado el cuerpo de una carga pesada y fastidiosa.

Una mañana amaneció encontrándolo ridículo todo, hasta su propio cuerpo que le parecía una caja estrambótica, con remos, montada sobre dos estacones. Las personas que a su paso encontraba le producían el peor efecto. Y ese día se prometió no rondar más la calle en que vivía su amada; así creyó ir sepultando en el fondo de su corazón veleidoso, un afecto nacido una tarde de verano, violentamente declarado en una cálida noche de baile, gradualmente fomentado en paseos campestres y con pláticas vespertinas.

Sin embargo, Felicia era la misma: vivaracha, bonita y decente; llena el ánfora de su pecho de amor por Luis, desinteresado y capaz del sacrificio.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

FELICIA Y MARTA

I

FELICIA doblegó la tiranía maternal, respetando el castigo que le fué impuesto y mostrándose dócil, sumisa y tierna con sus padres, cuyo encanto era, que seguramente no habían de permitir que agostara su juventud en un encierro de por vida y en alejamiento de la sociedad que a cada rato la pretendía como flor rozagante de su pensil. Poco a poco fué relajándose la pena: comenzó a perder tirantez la cuerda, pagando visitas a parientes, y después a algunas y determinadas amigas. Por las tardes se asomó a la ventana, mientras tocando el piano su madre se distraía, vigilándola al mismo tiempo. Con las más afectuosas de sus primas se

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

paseó en la acera. Luégo se vió con Luis, a excusas, en casa de unas parientas. Hasta que, por último, sola, de bruces en el alféizar de la ventana, esperó como antes á su novio, que no volvió. La prolija ausencia de éste la hacía padecer. Supo por una vecina, que una noche Luis había pasado varias veces por la puerta de su casa viendo para adentro, y resolvió correr el riesgo de aguardarlo tempranito de la noche, en la ventana: afuera el busto, la joven dirigía miradas investigadoras a uno y otro lado de la calle alumbrada por la luz eléctrica que parecía la luz de la luna; y sus miradas perdíanse en el confín o en las penumbras de las aceras. Distante estaba la pobre niña de sospechar la crisis de su amado.

Luis no volvió a ver a Felicia con la frecuencia de otras épocas más dichosas para ella, en que su alma novicia, sin prever desazones se entregó sin reparos al objeto de sus complacencias y esperanzas. La indiferencia avivó el incendio en el corazón de la enamorada, que no podía resignarse a destruir su castillo de ilusiones ni podía penetrar la mente de Luis para conocer la causa del desvío, a raíz de una prueba de amor que bastante la hizo padecer. Y a medida que el apartamiento fué más notorio, Felicia, presa del mal de amores, perdió su inocente fogosidad y tornóse mustia. Era dormilona, y madrugó para no faltar a la misa de seis: alzó sus ojos

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

garzos al Cielo y ofreció a los santos mil promesas con tal que el fementido cumpliera las suyas; perdió el apetito y a ojos vistas enflaquecía sin poderlo remediar. ¡Tanto daño puede hacer el amor desdeñado en el corazón de una niña amante!

Luis se alejó al fin completamente. Entonces Felicia ocurrió a sus amigas para hablar con ellas de él, y gozar, si así puede decirse, con las reminiscencias o con las noticias que le daban: «que lo habían visto aquí o allá; que estaba obsequioso con fulana». Y al oir esto retorcíase por dentro con secreta desesperación.

El estado de Felicia no pasó inadvertido a sus padres que la adoraban; y la madre conjeturó el origen de la enfermedad y del desasosiego: creyó que Luis había abandonado a Felicia por el incidente del paseo y sus consecuencias. Así fué, que, cuanto estuvo en su mano hizo porque dominara Felicia aquella pasión. Y como la niña no mejorase de salud, se acercó la buena señora a su marido para comunicarle todo y consultarle la conducta que debían adoptar. El caballero escuchó atentamente, y dijo:

—Sospechaba yo algo de eso. Malo, malo; pero no encuentro más solución que emprender un viaje con ella y distraerla; y ahora, francamente me es imposible pensar en viajes. Los quebrantos de fortuna han sido muchos, y... no, no puedo. Sin em-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

bargo, no me disgusta Luis. Si quisiera casarse con Felicia otorgaría el consentimiento. Digo si se ha retirado porque crea que nos oponemos a sus relaciones.

—De lo que no estoy segura. Repuso la señora.

—Esperemos a ver qué se hace; dijo él—y, entre tanto cuídala, no la regañes... Quién sabe si hayas sido muy severa... Estúdiala...

La señora no habló más, pero hizo propósito de ridiculizar a Luis para que Felicia lo repeliese. Vano empeño. La muchacha fué sorda a la crítica y a los consejos de sus amigas, quienes más duchas en lides de amores, le decían: que no fuera boba, que no se echase a morir jamás por ningún hombre, ni menos le diese a entender que lo amaba; que comiera, paseara y se divirtiese; y que, admitiendo galanteos podría picarle el amor propio a Luis. Pero así como no callaba la pena consumidora, y escrita en la faz y en sus ojazos azules y profundamente melancólicos teníala, y con todas sus amigas comentaba su situación, repartiendo la pena porque desbordaba de su pecho, así también era inútil pensar que una criatura angelical, sin práctica de engaño y ficciones, sorprendida su alma apasionada en el albor de la adolescencia y prisionera por hombre con las cualidades del de sus ensueños dorados, viniese a simular y a inventar artificios para atraer a la rama con liga, el pájaro fugitivo.

Esfe documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

En la vida armas de amores son desdenes.

Felicia, sin saberlo, parecía imitar a la princesita del cuento de hadas, que prometió no dejar de llorar hasta que el paje volviese, pues sus lágrimas brotando de los ojos sin cesar abrirían surco en la tierra, formarían un río, y por él, en una barca de pétalos de rosa, tirada por dos cisnes muy blancos, bogaría el paje de sus ensueños trayéndole en una jaula de oro como premio de su ternura y fidelidad, el ave azul.

II

La madre soltó los frenos, no abrigaba ningún temor, ya que la adhesión de Felicia a quien la dejó sin explicaciones cuando más hondo había clavado la flecha amorosa, no ofrecía peligro. El desprendimiento de Luis conjuraba excesos y deslices.

El templo, su hogar, pocas amigas, nada de bailes, teatro ni paseos: he allí como discurría la existencia de Felicia entregada a su dolor. Dedicábase afanosa a los quehaceres domésticos y a cuidar del jardín. Llevó a la iglesia del Carmen dos preciosos vasos que colocó en el altar de la Madre de Dios, y ella misma los mantenía llenos de rosas, dalias y claveles frescos y vivos como su pasión.

Una mañana que, como solía, fué a la iglesia a

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

mudar el agua y las flores marchitas, y a orar fervorosamente ante la imagen de su devoción, presintió que algo inusitado le iba a ocurrir, sin que ella pudiese precisar si era para su daño o provecho. Al salir del templo cubrióse más con el rosado pañolón de burato la cabeza, casi hasta taparse la linda cara cual si hubiese prometido velar sus primores a ojos profanos; pero al poner la punta de la bota en la acera, vió atravesar la bocacalle a Luis, y el pañolón se deslizó rápidamente a los hombros, desnudando la cabeza y la cara. Luis la detuvo, le preguntó por la salud y la familia, y se retiró en seguida tranquilamente, sin que todavía Felicia hubiera vuelto de la sorpresa. Al oír la voz del joven ella se inmutó, el corazón pareció cesarle de latir y la sangre se le fué a los pies; casi no acierta a contestar. Quedóse viéndolo irse; y emocionada fuertemente, aturdida, no sabía si entrar de nuevo a la iglesia o seguir para su casa; optó por lo primero, entró en la iglesia, se arrodilló en un reclinatorio ante la sagrada imagen predilecta y esperó la calma, repitiendo casi en alta voz, esta oración «A Nuestra Señora,» que aprendió desde pequeña:

Virgen que el sol más pura,
Gloria de los mortales, luz del cielo,
En quien es la piedad como la alteza,
Los ojos vuelve al suelo,
Y mira un miserable en cárcel dura,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Cercado de tinieblas y tristeza;
Y si mayor bajeza
No conoce, ni igual, juicio humano,
Que el estado en que estoy por culpa ajena,
Con poderosa mano
Quiebra, Reina del Cielo, la cadena.
Virgen en cuyo seno
Halló la deidad digno reposo,
Do fué el rigor en dulce amor trocado,
Si blando al rigoroso
Volviste, bien podrás volver sereno
Un corazón de nubes rodeado;
Descubre el deseado
Rostro, que admira el cielo, el suelo adora;
Las nubes huirán, lucirá el día.
Tu luz, alta señora,
Venza esta ciega y triste noche mía.
. . . . . (1)

Después salió del templo a entrevistarse con Marta.

Llegó a casa de Marta y fué muy bien recibida. La hermana de Luis le prodigó caricias y protestas de afecto con tales muestras de sinceridad, que Felicia entró en confianza y la hizo su confidente:

—Te encuentro pálida y delgada. ¿Has estado enferma, Felicia?

—No, pero he sufrido mucho. Debes saber también que casi no salgo.

(1) Fray Luis de León.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Sí, lo sé... Lo sé todo... Por eso te agradezco más esta visita: ansiaba verte, porque, Felicia, te quiero mucho. Ya comprenderás...

—En cambio, Martilla, estás muy bien y muy hermosa. Me das envidia. ¿Y cuándo te casas?

—¡Jesús, no digas esas cosas! ¿Quién te ha contado que me caso? Eso está en veremos.

—Nadie me lo ha contado; lo suponía porque Alfredo te quiere; tienes esa suerte.

—¡Quién sabe! El está en el campo y hace su fecha que no lo veo. Me escribe...

—Pero le amas y eres correspondida. ¡Qué felices son ustedes...! Y suspiró.

—¡Quién sabe, Felicia, quién sabe! Ya te dije que no lo veo hace tiempo... Y como los hombres son tan inconstantes...

—Si eso dices tú ¿qué diré yo? ¡Ah, yo sí que puedo quejarme de mi suerte! Marta, tú que eres tan buena... y tan feliz ¿por qué no le dices, como cosa tuya, que no sea ingrato? ¿Qué he hecho contra él para que esté tan indiferente y tan frío? Más buena de como he sido dudo que haya otra mujer que lo sea, ni que más lo quiera... No te figuras cuánto me hace sufrir... Apenas como; no salgo, ni me visto como debiera. Sólo pienso en su ingratitud y en el gran cariño que le profeso... A mí no me importa que sea pobre, él me basta; los trabajos en su compañía los sobrellevaré gustosa. ¿Qué alega

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

contra mí? No puedo querer a otro hombre más que a él: grandes demostraciones le he dado, pero como si no las viera; se hace el sordo a mis clamores, porque se me hace cuesta arriba creer que no le llegan... Si yo no le gustaba, si comprendió que nunca podía ser mi marido ¿por qué fomentar tanto tiempo mi cariño? ¿Cuál es mi pecado para que ahora me abandone así?

Un leve rubor de carmín tiñó sus mejillas tersas y las lágrimas empañaron el brillante azul de sus ojos.

Marta, conmovida y asombrada la atrajo dulcemente a su seno, reprimiendo la emoción. Y acariciándole la frente y jugueteando con los rizos de aquella cabellera fina de color castaño-oscuro, sin denigrar a su caprichoso hermano, trató de paliar el dolor de su compañera, menguando las virtudes y atractivos de Luis, y explicándole que no era digno de que hubiese una niña tan guapa y tan bondadosa que estuviese muriendo de amor por él. Felicia se enjugó los ojos con su pañuelito de batista, y enderezando el busto, replicó:

—No digas eso, Marta, que tú misma no lo crees. Tus palabras las dicta la compasión. Si no fuera Luis quien es ¿piensas que yo hubiera puesto mi cariño y mis ilusiones en él? No, no; tú procuras consolarme, y erraste el camino. Solamente una cosa puedes hacer por mí... Si quisieras...

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿Qué es ello? Por ti lo hago todo...

—Convencer a Luis de mi verdadero amor y persuadirlo a volver a mi lado. Y tú lo puedes porque a ti sí te quiere. Y más serena, se levantó, reteniendo entre sus manos las de Marta. Miró fijamente a su amiga, en silencio ambas, y de pronto le dijo:—¿Me lo prometes?

—Sí, Felicia, te lo prometo; haré por ti cuanto pueda.

—¡Ah, podrás mucho porque te idolatra! Hasta llegué a tener celos de ti. Todo lo tuyo le parece bien... ¿Con que me prometes...?

—Sí, Felicia, sí te lo prometo.

Se abrazaron apretadamente, sonaron dos besos, y sellada así la intensa simpatía que las acercaba, y la promesa, separáronse.

III

Hundida en un mar de reflexiones quedó Marta, doliéndole que fuera su hermano el héroe de una acción que ella abominaba. Y como para su madre tenía el pecho de cristal, fué a buscarla y le refirió la escena que tuvo con Felicia, comentándola apesadumbrada. La señora escuchó, y sólo dijo con cierta curiosidad maliciosa:

—¿Qué piensas hacer?

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Interponer mis buenos oficios en favor de mi amiga hasta agotar los recursos.

—¿Y te oirá Luis?

—No lo sé. Pienso que sí. Mientras viene estudiaré lo que deba decirle.

. . . . . .

Cuando llegó Luis a su casa, a las cinco de la tarde, encontró juntas a la madre y la hija. El entró tremolando una carta y diciendo:

—Abrí el sobre porque trae mi dirección. Adivinen para quién es.

Ninguna le contestó, y él siguió de muy buen humor:—Es de Carlos, de nuestro amigo Carlos, y casi para Marta; pero no la leeré sino hasta después de la comida.

—Haces mal en no entregarla a quien está destinada; dijo la madre en tono suave, pero de reconvención.

—Es para mí, contestó él.

—Mamá, explicó Marta, si lo que quiere es meternos en curiosidad. Ahora verás: Bueno, pues, adivina quién estuvo aquí hoy.

—No sé, no puedo saberlo. ¿Quién? Preguntó Luis.

—¡Ajá, ahora me toca a mí! A ver, mamá, ¿quién es más curioso, él o nosotras?

—Bah, si me interesa de veras, al fin habrás de decirme la persona que estuvo, sin que tenga que

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

apurarme. En tanto que ustedes sí están ansiosas de leer la carta... Se les ve en la cara; y ya dije que no la enseño hasta después de la comida.

—Nada de ansiosas. Y para probártelo te diré el nombre de la persona que estuvo hoy aquí.

—¿Quién? Dí.

—Ya ves, el curioso eres tú.

—No; prometes hablar, y mi pregunta es de lo más natural.

—Sí, sí; natural es todo.

—Según como se entienda.

—Pues venga acá, amiguito, que hemos de hablar seriamente: estuvo Felicia aquí llena de pesar, partía el alma oirla.

—¡No digas...! ¿En esta casa?

—En esta casa. Y eres un ingratón imperdonable. Parece mentira que cometieras semejante acción, que basta a obscurecer las buenas que todos los días practicas.

—¿Qué es la cosa? ¿De qué se trata?

—¿De qué? Que estás matando un corazón. ¡Jamás lo creyera!

—¿Por qué lo dices?

—Por tu proceder injusto y dureza impropia de noble caballero.

—No comprendo.

—Di mejor que te haces el desentendido. Vamos a ver: ¿por qué cortejaste a Felicia?

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Vaya una pregunta. Pues porque me gustaba.

—¿Y cuál es el pecado por ella cometido o el lunar que le has encontrado para que tan cruelmente la tengas abandonada? Ella es ahora tanto o más guapa que antes; es bien nacida, virtuosa, tierna y rica; pocas habrá que la aventajen. Fuiste el primero que despertó su corazón al amor, y has fomentado ese amor mucho tiempo con solicitud; y cuando menos lo esperaba Felicia alzaste el vuelo; sabes que llora tu ausencia, que se ha enclaustrado por ti, que anhela por verte como el único remedio para recuperar la salud de su alma; que da al viento sus quejas y se marchita... Luis, tú no eres malo ¿por qué la haces padecer?... Con amarte tanto, ella se perjudica. Los sentimientos de la mujer son muy delicados. Ustedes se distraen fácilmente en la calle; a nosotras una pena nos agobia porque somos como la máquina de coser en movimiento: si tiene hilo y tela, cose, si no, se destruye; no habiendo distracciones, las ideas, como la aguja de la máquina, aunque el género pase, como la vida, dan siempre en el mismo lugar, y nos atormentan.

—Comprendo tu discurso, y tienes razón que te sobra. Soy el primero en lamentarlo; pero ¿qué quieres que haga?

—¿Cómo, qué quieres que haga? Cumplir tus promesas, no prevalerse de la inocencia para burlarla.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Yo no la he engañado. El engañado fuí yo. Creí que la amaba y por eso la cortejé; mas al fin, convencido de lo contrario paré el galanteo sin brusquedad, antes de que las cosas crecieran. ¿En dónde está mi delito?

—Ignoraba tu egoísmo, Luis.

—¡Mi egoísmo!... No soy como todos. Me induces a pensar...

—¿Qué?

—Oye. Oye lo que pienso: a cualquiera mujer, con un temperamento como el de Felicia, puede ocurrirle igual que a ella; y la simpatía que despierta en otras, se confunde con el egoísmo puesto que pensando ellas, que puede acontecerles ser víctimas, como has dicho, de la torpeza o inconstancia del hombre que las cautivase, más que la compasión la solidaridad femenina las empuja a hacer causa común. ¡Y por eso debo ser la víctima!

—Gracias, Luis, no creí merecer de ti ese reproche...

—Pero, si lo que pides no es distinto: quieres casarme con Felicia para curarla; y a mí, que no deseo contraer matrimonio, que me lleve la trampa. ¿Has pensado en lo que sería unir para siempre la suerte de dos personas que no se llevarán bien por cuanto una no ama, y la otra, de amores se derrite? He allí por qué digo que me quieres sacrificar:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

¿quién prefieres que sea inmolado, ella o yo? Elige.

Marta quedó perpleja. Naturalmente prefería la felicidad de su hermano, pero su gentileza impedíale abrir la boca para condenar a alguien a la desgracia; le hubiera sido penoso exclamar:—¡que sea inmolada Felicia! No, Marta sólo habría dicho:—¡Ambos felices!

La joven intercesora quedó vencida; pero interiormente se irguió la convicción dolorosa de que el hombre no sabe respetar la debilidad femenina o no sabe comprender cuánto amor, cuánto sacrificio y cuánta abnegación caben en el alma de una mujer, que no ha habido hombre que los merezca. Y ella, antes que cantar a los cuatro puntos cardinales un amor sin correspondencia, para que en agua de rosas se bañe un presumido, se mordería los labios y se agostaría en su propia pesadumbre, muda y sola como un muro de antiguo cementerio.

IV

—Mamá, usted no ha dicho palabra acerca de las reconvenciones que Marta me hace, y eso que la he visto oído atento. ¿Verdad que usted no cree que sea yo tan malo como me pintan? Preguntó

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Luis cariñosamente y buscando apoyo en la que le dió el sér.

—Nada he dicho, ciertamente, hijo. No me pareció oportuno intervenir, porque gozaba oyéndolos. Marta estuvo bien; pero tú tienes razón. Sobre todo, que no debes pensar en casarte, eres muy joven aún, y no cuentas con recursos pecuniarios para dar ese paso, el más serio en la vida de un hombre o de una mujer. Compadezco a Felicia y le deseo conformidad: que las distracciones y el olvido le devuelvan pronto la calma.

Sentáronse luégo a la mesa y sirvieron la sopa. Se habló de Carlos durante la comida. Marta continuaba sus reflexiones y apenas pronunció monosílabos; hasta que, pasados los postres, y mientras servían rico café negro, Luis dijo:

—Martilla, has enmudecido. ¿Te has disgustado? Yo te contentaré: en cuanto veas la carta te aseguro que pondrás otro semblante y te reconciliarás conmigo.

—¿Reconciliarme...? ¿Acaso te han ofendido mis palabras?

—Por tu acaloramiento parecías enojada.

—No, Luis, lo que sucede es que Felicia por un lado y por el otro tú han traído a mi mente las alternativas y contrariedades de este mundo. Cuando se oyen contar hacen muy distinta impresión de cuando se es la víctima, o una palpa los males

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

en su propia casa e irremisiblemente los soporta.

—Bueno, hijos, basta; interrumpió la señora con energía. Terminen esa cuestión y vamos a leer la carta.

Callaron en seguida los hermanos, respetuosamente, y Luis, atendiendo la orden pasó a otras cosas, registró su cartera y extrajo la epístola, la desdobló ceremoniosamente y leyó:

Querido Luis:

Primero que todo excúsame por no haber contestado tus dos últimas, tan afectuosas y merecedoras de la mayor atención. No a olvido, menos a indiferencia incalificable atribuyas el retraso, que bien te consta el señalado lugar que tienes entre mis pocas amistades, y la adhesión a tu familia, probada en ocasiones diversas; atribúyelo a mis ocupaciones: he tenido exceso de trabajo y he estado apuradísimo por el afán de encontrarme al lado de ustedes a los fines del año. Comprenderás que por entero debía dedicarme a mis quehaceres sin perder un minuto. Mis empresas han salido a pedir de boca, mis cálculos no fracasaron, y estoy satisfecho. Aguardo la realización de otros proyectos; pero esos, si cuajan será en Costa Rica. Hace tiempo que no me escribes nada de Marta, la sin par. Antes no había carta en la que no me dijeses algo de su vida, en su elogio, y también de esos amores que ella

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

cultiva, que no te gustan, ni a mí. No le digas esa opinión, guárdame el secreto, no vaya a imaginarse que son celos, que en verdad, como siempre le he demostrado mi predilección, habrá motivo más que justificado para ello.

Marta es muy hermosa, muy buena, muy delicada para que *vayamos* a entregarla a quien no la merezca de veras, a quien no sepa apreciarla en lo mucho que ella vale.

Recuerdo que siempre la has mirado con ojos paternales, pero pienso también, que nunca has sido difícil de contentar; y si tú no estás anuente a dejarla casarse con ese individuo. ¡Cómo se opondrá tu mamá!

Dicen que Marta lo ama en silencio, que está perdida por él. ¿Es cierto? Mas, de cualquier modo, como ella es inteligente, a pesar de la ceguera de Cupido puede que te oiga, que aquél no era sordo, y le dé largas al coronamiento de su idilio; no se precipitará como loca en lo desconocido, estoy seguro; no le corre prisa; el matrimonio será más adelante, mucho más adelante, y con quien no pueda jamás aplicársele el dicho de Byron: el amor es al matrimonio lo que el vino al vinagre. Tiene Marta belleza y juventud qué lucir y gozar. Las rosas están muy bien por la mañana en el rosal; es en todo caso una crueldad troncharlas para que languidezcan lejos de sus hermanas las flores, y lejos del

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

jardín en donde nacieron, aunque se las ponga en rico vaso o en el ojal de un elegante paletó. En su estación madura el café. ¿Que el tiempo se va y con él la belleza, y entra la vejez más pronto y más implacable para la mujer? No lo niego; pero la vejez no la sorprenderá soltera, ni se habrá privado de guardar en el cofrecillo de los recuerdos tantos como pudo recoger para endulzar el crepúsculo de su vida. Y, querido Luis, te prometo una cosa que me gustaría se la comunicases: que como quiera ella, no se quedará sin marido, porque hay quien sueña y suspira convencido de que sería felicísimo a su lado adorándola en un hogar propio, que no la olvida un instante y presume de valer más que Alfredo, lo que no es mucho presumir. Dale a leer estos párrafos a ella; cuéntale lo que sabes; dile que me pregunte quién es el soñador; y quizá, si me autorizan, lo sabrá. El soñador, aunque tiene cierto desparpajo, es en estas andanzas un poco encogido.

Amigo, ahora quiero hablar de ti, que también, y mucho me interesan tus asuntos. No me volviste a decir palabra de Felicia, desde hace meses; no obstante creo tener derecho a preguntarte en qué pararon tus relaciones con ella. ¿Siguen viento en popa, empleando tus figuras? Felicia es señorita de todo mi agrado, y me parece que sería muy digna compañera tuya, aunque estas cosas no las saben o comprenden otros que los interesados mismos.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.